

## Reflexión alrededor del poema épico de *La Ilíada*

Homero Moreno

Las dimensiones de este gran poema son extremadamente ajenas al tiempo lineal y su vigencia no se ciñe, afortunadamente, al estudio de un aula, sus lecciones están vivas. Por un lado tenemos a la mnemotécnica donde extensos poemas o relatos eran aprendidos de memoria. Homero es una especie de recopilador que con su gran pluma embellece y recrea a todo lo largo y en lo más alto la batalla entre teucros y aqueos, aunque no sólo esto ya de sí muy valioso, y tal vez su gran mérito sea ese rescate de ciertas claves para poder comprender que la guerra de los hombres será un reflejo de la gran batalla entre los dioses. Cuatrocientos años atrás, se calcula, que habían ya acontecido para que el gran poeta revolucionario de su época se sentara a darle forma a este relato en extraordinarios hexámetros dactílicos. Por supuesto que nuestro escritor combina lo mítico con lo histórico pero ¿no acaso la historia toda es eso y por ende lo que sabemos de nosotros mismos y de nuestros antepasados es verdaderamente mitológico?

¡Qué terrible que ya para nuestro autor, la decadencia de la raza humana sea palpable entre estos hombres valientes y con un excelso código de honor en la guerra y en la amistad!<sup>1</sup> ¿Qué nos deja a nosotros los pobres y decaídos hombres de comienzos del siglo XXI?

Pero nos referíamos de cómo inició la batalla de Ilión<sup>2</sup>. Esto ocurre en el instante que Dárdano, hijo de Zeus y de la Pléyade Electra, fundara una colonia con su nombre, Dardania en Troada región noroccidental del Asia Menor, en la

---

<sup>1</sup> Homero, *La Ilíada*, versión directa del griego por Luis Segala y Estalella, 33 e. Editorial Porrúa, colección sepan cuantos..., México, 2004. Véase el capítulo VI, versos 212-236 en donde encontramos un pacto de amistad entre un teucro (Glauco) y un aqueo (Diomedes) que se encuentran en combate y que, al saber que sus abuelos fueron amigos, ellos se estrechan las manos en prueba de la línea de fraternidad y juran no herirse entre ellos aunque sigan combatiendo. Con honor todo, sin él la vergüenza. Y no queremos omitir el gran momento de la batalla entre Héctor y Ajax que termina como un empate y que gloriosamente al llegar la noche deciden respetarla, se obsequian regalos mutuamente a fin de que todos puedan decir: “Combatieron con roedor encono, y se separaron por la amistad unidos.” (VII, 287-302).

<sup>2</sup> Todo lo que precede a esta cita, lo hemos tomado del prólogo que escribiera en 1959 don Alfonso Reyes. Homero, *La Ilíada*...

costa norte del Helesponto y en la puerta precisamente del oeste del estratégico Mar Egeo. El nieto fue Tros, de donde tenemos el patronímico de los Troyanos. Tuvo tres hijos: Ilo, Asáraco y Ganímedes. Este último es transportado por un águila al Olimpo para que sea el escanciano de los dioses, ¡qué tarea!, –y todavía hoy es una función principalísima al interior de algunas organizaciones iniciáticas– en tanto suponemos que Ganímedes de vez en vez logró escucharlos alegres a los dioses conversar pues tenían sus corazones llenos de vino.

Zeus obsequió a Tros, a cambio del escanciador Ganímedes (quizás también sea un inmortal al no conocer la muerte transportado hacia los dioses como le ocurrió en su momento al Elías hebreo), unas magníficas yeguas. En tanto entre Ilo y Asáraco, que han quedado aquí en la tierra, se darán ramas rivales, del primero procede el viejo y sabio rey de Troya, Príamo, y sus hijos por supuesto, entre otros el valiente Héctor y el joven Paris “a quien tanto debe la poesía, pues sin sus desmanes no hubieran existido los Poemas Homéricos”<sup>3</sup>; del segundo, de Asáraco, provienen Capis, Anquises y Eneas. Iló por supuesto es quien funda “la ventosa Ilión” a la orilla del Helesponto.

En fin que los llamados “troyanos” e “ilianos” proceden de la familia real de Tróada. “Homero llama ‘dardanios’ a los descendientes de Asáraco, la rama menor, la rama de los pretendientes derrotados. Junto a ellos, Homero nombra a los de la rama reinante indistintamente ‘teucros’ o troyanos.”<sup>4</sup> Teucro fue el rey de Helesponto con cuya hija, Batiea, casa Dárdano. Homero llama a los occidentales sitiadores de Troya aqueos –de la región griega de Acaya y a veces el nombre de toda antigua Grecia–; “argivos” de Argos y Argólide, igual ciertas regiones griegas o Grecia antigua, “danos” por Dánao antecesor mítico relacionado con el mito de la Argos Micénica y sólo llama “helenos” a los de la tierra de Aquiles, la Argos Pelásgica. Son los hijos de Heleno, hijo de Prometeo y son las Hélade sus tierras.

---

<sup>3</sup> *Op. cit.* Prólogo, p. XII.

<sup>4</sup> *Idem.*

Continuemos con la mitología, Bajo el reinado de Laomedonte y con ayuda de Apolo y Posidón o Poseidón –como maestros de obras– se alzaron los infranqueables muros de Troya y ¿cómo no iban a serlo? si fueron precisamente las obras dirigidas por dos dioses.<sup>5</sup> Sin embargo el arrogante Laomedonte se niega a pagarles a los dioses lo convenido. Posidón recuerda “Mas cuando las Horas trajeron el término del ajuste, el soberbio Laomedonte se negó a pagarnos el salario y nos despidió con amenazas. A ti te amenazó con venderte, atado de pies y manos, en lejanas islas...” (XXI, 436-460). Posidón lanza un ataque con un monstruo marino que asoló a la ciudad hasta que Heracles dio muerte a tal ser. Pero el necio de Laomedonte no quiso entregar las yeguas divinas a Heracles como lo había prometido por el pago justo de su labor. El semidios Heracles saquea la ciudad –primer saqueo de Troya– y da muerte a Laomedonte y a casi toda su familia. Príamo, hijo de Laomedonte, se salva y como sabemos hereda el trono y se casa con la bella Hécuba. Príamo al parecer aprende la lección y se torna en un gobernante justo.

Cassandra es una de sus hijas, tuvo más de cincuenta hijos, ella es una profetiza a la que nadie escuchará ya que Apolo es rechazado por la bella Cassandra y habiéndole otorgado el don de la adivinación –ni los dioses pueden arrebatarse lo que ha sido otorgado– decide entonces astutamente darle como castigo a Cassandra, que ningún dios o mortal crea en sus profecías y no podemos negar que Apolo es de una gran inventiva, no se nos ocurre peor maldición y castigo para un profeta que no ser escuchado.<sup>6</sup> Triste destino para la ciudad pues fue Cassandra quien advirtió un mal presagio con aquel caballo de madera dejado en la playa por los aqueos y que supuestamente habían dejado las arenas de Troya. Ella insistió en que se quemara ahí mismo pero su padre, entre otros, lo tomó como un regalo de los dioses, dramáticamente Príamo no estaba tan equivocado.

---

<sup>5</sup> Resulta muy interesante que Apolo decida apoyar a los teucros y Posidón o Neptuno se incline por esta falta de honestidad por los aqueos. Neptuno como anotamos, le reclamará a Apolo su preferencia por los troyanos. Más tarde estos dos dioses serán también los artífices de la destrucción del muro de Troya mediante la fuerza de los ríos que corren de los montes ideos al mar. Así que a los aqueos les dura poco el gusto de tener la estratégica Ilión, ya que los maestros de obra se la arrebatarán y al parecer serán los únicos que tendrán autoridad para destruir la muralla.

<sup>6</sup> Historia que se repetirá constantemente y sí no veamos la Biblia por sólo mencionar un ejemplo.

Regresemos un poco con nuestro preámbulo de la guerra. Escrito el destino, a Príamo, en las vísperas del nacimiento de Alejandro o Paris, le presagian la destrucción de la ciudad a causa del hijo que verá pronto la luz. El rey temeroso de los dioses u obediente ante ellos, como se quiera ver y, recuérdese que seguramente aprendió más de una lección en carne propia ante la muerte de su padre por no acatar y cumplir con los dioses los acuerdos y promesas establecidas. En fin, que Príamo decide abandonar al crío a su suerte en una montaña para que lo devoren las bestias, pero por desgracia o ventura, otra vez según se aborde, unos pastores recogen a Paris y lo crían. Años después sus padres lo recibirán de nuevo, seguramente resignados al deseo del gran Zeus.

Previo a esto Zeus decide estallar pronto la guerra, y para tal crea todo un juego como a él le gusta. Hace celebrar en Tesalia –norte de Grecia– las bodas del rey Peleo con la Nereida Tetis, ninfa marina y futura madre de Aquiles. A la boda asiste una diosa no invitada, Eris, la Discordia. La boda además era una estratagema para que Tetis no se uniera a un dios y concibiera un ser más poderoso que todas las deidades. Eris agraviada, pues no se le había invitado al banquete, trajo con sí una manzana con una inscripción “para la más hermosa”, la cual lanza en medio del festejo. Tres diosas se disputan el título: Hera, Atenea y Afrodita, ante tremendo embrollo deciden escoger a un mortal como juez, un humilde pastor de Ida que apacentaba sus novillos al son de una flauta frigia, ese será el designado, su nombre precisamente Paris-Alejandro aún no devuelto al hogar paterno. Las diosas, no muy rectas que digamos en el certamen, deciden sobornar al pastor: Atenea con victorias guerreras, Hera con mando e imperio sobre los pueblos y Afrodita le promete darle a la mujer más bella del mundo.

Efectivamente, la mujer más bella del mundo es Helena, hija de Zeus y de Némesis o según otra versión hija de Zeus, transformado en cisne, y de Leda. Paris se ganó con ello la nada envidiable enemistad de Hera y de Atenea. Sabemos que Paris obtuvo su premio prometido en Esparta, nada menos que en los aposentos del Rey Menelao. Eso no es todo, antes de entrar

propriadamente a *La Ilíada* de Homero,<sup>7</sup> debemos de hacer una última anotación mitológica. Helena, la de niveos brazos, atrae desde niña a dioses y mortales, y ya desde entonces es rescatada por sus hermanos gemelos, Cástor y Pólux, de las manos de Teseo. Odiseo al prever futuras disputas hace jurar a todos que ella deberá escoger libremente a su futuro esposo y que todos los antiguos pretendientes no sólo acatarán tal decisión sino que se aliarán para defender al esposo contra todo rival extraño.

Definitivamente ni Paris ni Helena las traen consigo, todo está en su contra: decisiones de Zeus, rivalidades divinas, pactos humanos. Todavía Menelao y Odiseo se presentarán en Troya para exigir la devolución de la princesa, los recibe hospitalariamente Antenor, cuñado del rey Príamo, pero la hospitalidad no les resulta suficiente a los teucros, Menelao regresa sin esposa y más agraviado. La guerra está en el horizonte, Zeus ha logrado su cometido: desatar la guerra troyana.<sup>8</sup>

Cuántas líneas y, como se dice, tinta, han corrido tratándose de entrever las lecciones, en variadísimos niveles, de este gran e imprescindible relato y poema mítico-épico. Por ende nos ceñiremos a unas cuantas ideas donde trataremos de colocar algunos pasajes que consideramos claves para nuestra exposición y siempre desde el punto de vista de la filosofía perenne.

Como ya se observa en nuestra introducción damos por sentado la importancia del relato mítico para estos pueblos. Así que trataremos de omitir juicios de valor, ya que es un factor clave para comprender a todos los antiguos antepasados y por ende a nosotros mismos. Otro punto que trataremos de

---

<sup>7</sup> Cabe la referencia de cómo se descubrió Troya: cierto curioso personaje alemán, Heinrich Schliemann (1822-1890) decide descubrir la ruinas de la antigua Troya, al no saber griego, básico para su búsqueda, decide poner un anuncio en el periódico que dice: “Historiador alemán busca griega para matrimonio y juntos descubrir Troya” Efectivamente, este personaje que llevaba toda su vida haciendo planos y mapas no tarda en “descubrir” la gran ciudad que relata Homero: Ilión o Troya. Ahora lo que está en duda ¿es de la existencia de Homero! tal vez se necesite la tumba con sus huesos y un certificado de autenticación por parte de algún instituto de investigación, de un antropólogo o de un forense. Jocosamente en más de un sentido, nótese la incredulidad de la que somos presa, como la que ya demostraba Santiago ante Jesús, “hasta no tocar no creer.” Continúen, entonces, hombres de poca fe buscando el templo de Salomón y el arca de Noé.

<sup>8</sup> Aún así este dios estará del lado de los troyanos, ¿cómo explicar esto? Pues creemos que está aquí el punto de partida y de cierre para comprender el escrito de Homero. Lo trataremos de exponer más adelante.

exponer será el desalentar la idea o creencia que se tiene de que los dioses “griegos” son igual que los hombres con todas sus pasiones, temores y vísceras. Esto, creemos, no es así ya que ellos actúan bajo la mira de un plan, funciones y roles que deben desempeñar por sus mismas representaciones o ropajes que visten (ornamentos incluso), pero esto lo iremos desarrollando poco a poco.



Entre el rapto de Helena y el comienzo del sitio de Ilión transcurren diez largos años. *La Ilíada* a penas nos cuenta lo acontecido durante los últimos 51 días del combate. La toma de la ciudad con el caballo, la muerte de Aquiles, la huida de los sobrevivientes –incluido Eneas– nada de eso está en el poema. “Según decía Aristarco, la *Ilíada* se suspende cuando se adivina ya el final del asedio.”<sup>9</sup> No lo sabemos, al parecer Homero, que siempre cumplió ejemplarmente su papel de transmisor sin dejar huella de sí mismo,<sup>10</sup> decide no dejarnos más que sutiles pistas pero no de él, ¿qué sentido tendría? sino de lo que quiere transmitir, es decir que lo importante es el mensaje y no el mensajero. Nuestro autor, aparentemente, sólo nos otorga una velada idea o breve explicación del cierre. Creemos que se debe a la continuidad del poema a través del ciclo de la historia mitológica de los pueblos y que debemos buscar su clave en otros relatos como la misma *Odisea* o, sin que Homero lo sospechase, en *La Eneida* de Virgilio, entre otros. Seguro que este legado continuará en un futuro incierto.

---

<sup>9</sup> Ibid. Prólogo, p. XXI.

<sup>10</sup> La única referencia que hace Homero de sí mismo es en el canto XII, 175: “Otros peleaban delante de otras puertas, y me sería difícil, no siendo un dios, contarlos todos.” Es la única que hemos podido encontrar, afortunadamente no creemos que haya otra. Aunque Homero se deja ver, a lo largo de todo su poema marcándonos un aspecto no del todo visible, un código ¿acaso no trata siempre con honor a los vencidos?, ¿acaso no llegamos a sentir un gran respeto por Príamo o Héctor?: “... e infundió [Febo Apolo] un gran vigor al pastor de hombres. Como el corcel avezado al bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo come la cebada del pesebre, y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas encaminándose al sitio donde los caballos pacen; tan ligeramente movía Héctor pies y rodillas [...] Los teucros acometieron apiñados, siguiendo a Héctor, que marchaba con arrogante paso. Delante del héroe iba Febo Apolo, cubierto por una nube, con la égida impetuosa, terrible, hirsuta, magnífica, que Vulcano, el broncista, diera a Júpiter para que llevándola amedrentara a los hombres. Con ella en la mano, Apolo guiaba a las tropas.” (XV, 262-311).

Y los dioses se involucran en la guerra una y otra vez, a veces detenidos por el mismísimo Zeus otras alentados por él. El dios del Olimpo demuestra quien es el que tiene el mando, y es que debemos de considerar que está preocupado por su trono y debe de dejar muy en claro las cosas a seguir y obedecer. Pero Cronos no ha muerto, imposible, es el tiempo que despiadado nos espía eternamente, en tanto que su contraparte, Gea nos alberga y alimenta.

Retomemos: Aquiles, el de los pies ligeros, contuvo su cólera ante el arretrato de Agamenón de la joven Briseida, la de hermosas mejillas,<sup>11</sup> y en el aire detiene su espada por la ordenanza de Palas Atenea<sup>12</sup> y no mata en ese preciso instante al rey de hombres, "... y, puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Minerva. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Júpiter, que lleva la égida, entre las demás deidades." (I, 219). En tanto entre los hombres se dan ciertas cualidades como el colérico y necio Aquiles; la cordura, moderación y razón de Néstor; o Héctor el valiente guerrero y leal esposo; Ulises el ágil orador y estratega; en tanto que todo ello sucede, Zeus se da lujo de apartarse de la región del Lidio e ir "al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete." (I, 413). De ahí que Tetis no lo encontrase la primera vez que va a hablar para solicitar ayuda para su hijo, el intempestivo Aquiles.

Y es que todo es ritmo y entonación, ya las hecatombes con sal y harina para los dioses, "laváronse las manos y tomaron harina con sal. Y Crises oró en alta voz y con las manos levantadas" (I, 446). O este otro "... después de haber ofrecido en copas las primicias. Y durante el día los aqueos aplacaron al dios con el canto, entonando un hermoso peán al flechador Apolo, que les oía con el corazón complacido." (I, 474).

Más tarde la madre cumple su misión y Júpiter promete a Tetis que la victoria será de los teucros hasta que los aqueos den satisfacción a Aquiles por la toma de Briseida y le dice: "Y sí lo deseas, te haré con la cabeza la señal de

---

<sup>11</sup> Un ejemplo más de los *epitheta ornantia* que utiliza Homero a lo largo de todo el poema.

<sup>12</sup> Utilizaremos indistintamente los nombres griegos o romanos de los dioses.

asentimiento para que tengas confianza. Este es el signo más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que asiento con la cabeza.” (I, 527). Aquí tenemos un momento crucial de nuestro relato pues Zeus tendrá que mantener su palabra por ello es el padre de los dioses. Para cumplir, entre otras cosas, Zeus se introduce en el sueño de Agamenón inculcándole miedo y temor.

Agamenón, rey y pastor de hombres, doble epíteto, que por cierto es interesante observar que sólo los nobles llevan el título de pastor de hombres, en fin que Agamenón empuña un cetro que “Vulcano hiciera para el soberano Jove Saturnino –éste lo dio al mensajero Argicida; Mercurio lo regaló al excelente jinete Pélope, quien, a su vez, lo entregó a Atreo, pastor de hombres; Atreo al morir lo legó a Tiestes, rico en ganado, y Tiestes lo dejó a Agamenón para que reinara en muchas islas y en todo el país de Argos–, y descansando el rey sobre el arrimo del cetro, habló así a los árgivos:”<sup>13</sup> Lo maravilloso del apartado no son sólo los recursos literarios, sino que con esto el autor nos está queriendo decir que para que Agamenón sea rey, es necesario tenga en herencia un símbolo de su jerarquía, que en este caso es el cetro.<sup>14</sup> Este objeto tiene su peso ya que es con él en mano, que Ulises logra convencer a los aqueos que combatan, “corrió hacia el Atrida Agamenón, para que le diera el imperecedero cetro paterno; y con éste en la mano, enderezó a las naves de los aqueos, de bronceíneas corazas [...]. Así Ulises, obrando como supremo jefe, se imponía el ejército; y ellos se apresuraban a volver de las tiendas y naves a la junta...” (II, 190-198).

Y entonces Ulises les recuerda que así como el dragón devoró a sus polluelos de un ave y al ave misma, nueve en total, así ellos combatirán igual número de años y al décimo tomarán la ciudad de anchas calles. De acuerdo a esto que observaron en aquel paraje rumbo a la gran Troya, les insta a que se

---

<sup>13</sup> He aquí un ejemplo no sólo de epítetos varios sino de una increíble digresión de Homero.

<sup>14</sup> Por cierto que el mismo historiador alemán que hemos citado encontró en su curiosa expedición la tumba de Agamenón llena de tesoros, no resistiendo la tentación él y su esposa se tomaron fotos con las joyas, que posteriormente caerían en manos del gobierno Turco y que fundió en lingotes para su venta y posteriormente poder hacer vías del tren para la segunda guerra mundial en su alianza con Alemania precisamente, ironías de la modernidad.



queden, “¡Ea, aqueos de hermosas grebas, quedaos todos hasta que tomemos la gran ciudad de Príamo!” (II, 330-332).

Helena, cuando es avisada por Iris, en forma de su cuñada Laódice mujer del rey Helicaón Antenórida, la más hermosa de las hijas de Príamo, del inminente choque entre los ejércitos o bien del personal combate entre Paris y Menelao, se encuentra “en el palacio tejiendo una gran tela doble, purpúrea, en la cual entretejía muchos trabajos que los teucros, domadores de caballos, y los aqueos, de bronceas corazas, habían padecido por ella en la marcial contienda.” (VI, 326-331). Impresionante figura, Helena entreteje la historia como en una simultánea representación de los acontecimientos, y nada menos que en el color de uso para lo sagrado, el púrpura –aún hoy día este color y tinta es considerada sagrada y para el uso exclusivo de altos sacerdotes en varias vías o doctrinas iniciáticas.<sup>15</sup>

Y claro que los dioses intervienen, Venus salva de la muerte a Paris. Menelao confundido solo vio polvo ahí donde estaba el joven príncipe de Troya. Por supuesto que Venus lo transporta al lecho junto a Helena. La cual por cierto le reprocha su cobardía en repetidas ocasiones apoyada por el valiente Héctor. Pero Paris no nació del todo para el combate sino para seducir. Héctor le dice “... el bélico clamor y la lucha se encendieron por tu causa alrededor de nosotros. Ea, levántate. No sea que la ciudad llegue a ser pasto de las voraces llamas.” (VI, 326-331). Y Helena: “Éste ni tiene firmeza de ánimo ni la tendrá nunca, y creo que recogerá el debido fruto.” (VI, 344-358). A estas alturas por cierto, Helena no puede evitar de observar las contundentes diferencias y comienza a anhelar los maduros brazos del rey Menelao.

La guerra entre los hombres se decide por los dioses, Zeus le dice a Hera “Si trasponiendo las puertas de los altos muros, te comieras crudo a Príamo, y a sus hijos y a los demás troyanos, quizá tu cólera se apaciguara. Haz lo que te plazca; no sea que de esta disputa se origine una gran riña entre

---

<sup>15</sup> Por cierto será también este color, siglos después, de los más elevados y sagrados para el pueblo hebreo y posteriormente para los judíos. En el cristianismo tenemos la imagen de la joven María tejiendo un manto de color púrpura para el uso del templo de Jerusalem, de lance en lance pasó a ser un color de luto, sustituido por el negro.

nosotros.” Zeus le amenaza diciendo que si bien le cede la ciudad más querida para su corazón en un futuro no muy lejano, tomará para él otra ciudad querida para ella y la destruirá sin piedad alguna. Los dioses toman las fichas del ajedrez, ahora Troya, más tarde Atenas, luego Roma.

Ni el centelleante Zeus podrá parar lo inevitable, los dioses entran decisivamente en el combate y ya sea en forma de mortales, bien como fuerzas de la naturaleza, como animales<sup>16</sup> o como seres visibles para algunos cuantos tomando escudos y lanzas. Hera le dice a Palas Atenea: “¡Oh dioses! ¡Hija de Júpiter, que lleva la égida! ¡Indómita deidad! Vana será la promesa que hicimos a Menelao de que no se iría sin destruir la bien murada Ilión si dejamos que el pernicioso Marte ejerza sus furores. Ea, pensemos en prestar al héroe poderoso auxilio.” (V, 714). Intervienen en la batalla y Zeus lo pondera, se hace a un lado pero no por mucho tiempo.

En el canto VIII, versos 399-408 vemos cómo un colérico Zeus es capaz de detener a Hera y Palas Atenea con tan sólo transportar su voz en la ágil Iris, “... ningún beneficio les reportará luchar conmigo. Lo que voy a decir, se cumplirá: Encojaréles los briosos corceles; las derribaré del carro, que romperé luego, y ni en diez años cumplidos sanarán de las heridas que les produzca el rayo...” Por supuesto que las diosas ante tal promesa, dan la vuelta de regreso al Olimpo, “Las Horas desuncieron los corceles de hermosas crines, los ataron a los pesebres divinos y apoyaron el carro en el reluciente muro. Y las diosas, que tenían el corazón afligido, se sentaron en áureos tronos entre las demás deidades.” (VIII, 432-437).

Sea probable que una de las digresiones decisivas de *La Ilíada* es aquella cuando Pándaro cae en la trampa de Palas Atenea y rompe la tregua estando los ejércitos frente a frente, e intenta matar a Menelao con una flecha, y entonces nos lleva al recuerdo de la hechura del arco “El insensato se dejó persuadir, y asió en seguida el pulido arco hecho con las astas de un lascivo buco montés, a quien él acechara e hiriera en el pecho cuando saltaba de un

---

<sup>16</sup> “... Minerva y Apolo, el del arco de plata, transfigurándose en buitres, se posaron en la lata encima del padre Júpiter, que lleva la égida...” (VII, 54-66)

peñasco: el animal cayó de espaldas en la roca, y sus cuernos, de dieciséis palmos, fueron ajustados y pulidos por hábil artífice y adornados, con anillos de oro.” (IV, 104). Con ese arco Pándaro sujeta la flecha y la lanza por los aires queriendo matar a Menelao para ganar el favor de Paris, pero es la misma hija de Zeus la que desvía ligeramente la flecha “apartola del cuerpo como la madre ahuyenta una mosca de su niño que duerme plácidamente, y la dirigió al lugar donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y la coraza era doble.” Hermoso símil por su contundencia imaginativa

Entonces como decíamos, ni el gran Zeus puede impedir la futura derrota de los teucros, ya que estos son los que claramente dieron los motivos para iniciar el combate, al tomar Paris su recompensa y firmar así su fatídico destino de aquel certamen divino, sumado a todo ello además rompen un código de honor en la guerra como lo puede ser una tregua. Igualmente sin el arrogado y tal vez ingenuo Pándaro, el combate no habría sido en la forma que aconteció.

Sin embargo y más allá de todo esto Zeus sabía que el destino de Ilión estaba ya escrito mucho antes, cuando el rey Laomedonte signara los muros de Troya a la derrota por no pagar lo convenido a los maestros de la obra.

La Discordia hace su aparición entre Aqueos y Teucros, la guerra se esparce. Aquiles aguarda, su cólera no disminuye ni un ápice.



Los dos hijos de Cronos-Saturno disentían en su inclinación de la batalla. Júpiter quería el triunfo de los teucros y de Héctor para precisamente, nótese este pensamiento, otorgarle gloria a Aquiles, ya que tendría que morir en batalla en medio de un ejército poderoso y en manos de un digno combatiente. Más no por ello deseaba que todo el ejército aqueo pereciera, sólo quería la honra de Tetis y de su hijo Aquiles y así cumplir su palabra. Este es Júpiter, el dios de la *Balanza* que además desde el comienzo ha planificado no sólo el destino troyano y aqueo, sino de la humanidad toda.

En tanto Neptuno, que había salido del espumoso mar, encendía el ánimo de los argivos. “Igual era el origen de ambas deidades y uno mismo su linaje, pero Jove había nacido primero y sabía más; por eso Neptuno evitaba el socorrer abiertamente a aquéllos [...] los dioses inclinaban alternativamente a favor de unos y de otros la reñida pelea y el indeciso combate...” (XIII, 345-360).

En esto vemos toda una conducta otra que opera entre los dioses, pero también la declarada función de sus tareas, en donde hay tremendas batallas internas, rivalidades entre ellos, seducciones, trampas y por supuesto ataques feroces, ¿acaso ser dioses o héroes implica ser santos en ese vago concepto moral de sacristía de pueblo?, ¿no implicará más bien para el hombre de esos y estos tiempos tener a un Dios o dioses con funciones honrosas y de batalla? No hay tapujos ni penas, su “ética”, si se quiere, está en definitiva en otro orden de ideas. Homero tal vez lo que realiza, entre otras cosas, sea un ejercicio de imaginación de la *poiésis* para lograr captar eso y presentarlos en su relato. Todos los dioses aceptan sus funciones y al final del día se estrecharán las manos pasada la contienda.

Otro ejemplo más: Sueño hace jurar a Hera la entrega de la más joven de las Gracias, Pasitea, ya que la apuesta será alta, se enfrentarán a un Zeus furioso cuando despierte y se dé cuenta que ha sido engañado. “Jura por el agua sagrada de la Estigia, tocando con una mano la fértil tierra y con la otra el brillante mar, para que sean testigos los dioses subártareos que están con Saturno, que me darás la más joven de las Gracias.” (XIV, 270-276).<sup>17</sup> Por un lado es importante hacer este tipo de juramentos antes de emprender la acción, por el otro, una vez hecho, no hay posibilidad de romper la palabra. Insistimos, los dioses no son como los humanos, el hombre tiende a querer hacer como ellos casi siempre, ¿lo consigue?

---

<sup>17</sup> Como una Estrella que se encuentra en el caminar, así Hera se coloca en tal posición y hace que el Verbo le tome entre sus rayos alineándose con tal destelle polar en todo lo alto. El que tenga ojos que vea.

Jove revira y enojado, empuja a Hera para que muy a pesar suyo baje a la tierra y detenga a Neptuno, so pena de aniquilarlo. Hera nada contenta tiene que cumplir su misión, y helos ahí a los dioses todos conversando tratando de controlarse, pero ¿dónde se hayan? En el palacio y morada de Zeus que a distancia vigila, controla y domina.

Sin embargo,

Tres somos los hermanos nacidos de Rea y de Saturno: Júpiter, yo [Neptuno] y el tercero Plutón, que reina en los infiernos [pensamos que la traducción más adecuada es inframundos]. El universo se dividió en tres partes para que cada cual imperase en la suya. Yo obtuve por suerte habitar siempre en el espumoso y agitado mar, tocáronle a Plutón las tinieblas sombrías, correspondió a Jove el anchuroso cielo en medio del éter y las nubes; pero la tierra y el alto Olimpo son de todos. (XV, 184-199, corchetes nuestros).

Éste es un punto fundamental para entender la cosmogonía antigua: en tres se dividió la manifestación dejando puntos “neutros” en donde todos los dioses pueden intervenir, y es Neptuno, finalmente, línea directa del anchuroso Saturno y la generosa Rea, que nos devela la clave.

Júpiter en lo alto sabe cuál es la forma de pensar de sus hermanos y rápidamente revira muy sencillamente a fin de no perder el control sobre los demás dioses y númenes: consciente entonces que todos participen en la guerra y que formen claramente sus bandos en ella. Zeus no olvida sus funciones, lo veremos varias veces atendiendo también las plegarias de los aqueos (XV, 377).<sup>18</sup>

¿O qué decir cuando Júpiter se apiada de Aquiles, momentos antes de entrar al combate enviándole un poco de néctar (base de la miel) y ambrosia (la bebida por excelencia que revela los misterios)? y así el hambre no le atormentase, ya que había decidido no comer nada.

---

<sup>18</sup> La palabra *numen* es latina, significa “asentimiento”, derivado del griego *nouein*, “asentir con la cabeza”. El vocablo *numen* adjetivado “numinoso” puede ser entendido también coloquialmente como un “gesto de asentimiento de los dioses”, cuando una presencia divina se torna en presencia.

El hado, el destino infranqueable, lejano, misterioso e invencible se nos presenta tanto a inmortales como mortales. Dice Júpiter: “¡Ay de mí! El hado dispone que Sarpedón, a quien amo sobre todos los hombres, sea muerto por Patroclo Menetíada.” (XVI, 433). Ni el poderoso Jove puede evitar la muerte del que tanto ama. Ni Zeus padre puede con el hado, destino que abraza a héroes, villanos y dioses.<sup>19</sup>



La pérdida de la armadura es para los caídos sinónimo de no poder llegar dignamente ante los suyos en su última aparición en la tierra (antes de ser quemado) y por ende una pérdida del honor ante la muerte en plena caída de batalla, preferible morir en cualquier otra situación, es decir, es sinónimo de vergüenza y oprobio. Para el vencedor un elemento de honores y victoria pues demostraba con ello ejemplarmente su entrega en el combate. Y no sólo esto, hay más, es la clave del asunto, “Patroclo, sujetándose el pecho con el pie, le arrancó el asta; [a Sarpedón] con ella siguió el corazón, y salieron a la vez la punta de la lanza y el alma del guerrero.” (XVI, 502-507). Es decir que lo que se pierde en tal acto es *el alma*, por ello ante un combatiente caído lo que sus compañeros buscarán será que llegue intacto (con armadura y armas tanto familiares como extranjeras) a su última morada para convertir su “recipiente” en cenizas que aun contenga el alma del caído.

Por ende se puede comprender lo que implica que Héctor vista con la armadura de Aquiles una vez tomada del caído Patroclo. Éste será el motivo por el cual Aquiles ingrese a la batalla: la muerte de Patroclo con escarnio y vergüenza para su linaje. Es gracias a la intervención del semidiós que se recupera el cadáver de Patroclo.

Tetis entra en escena nuevamente y asiste con Vulcano, el ilustre artífice, para traerle una hermosa armadura a su hijo.

---

<sup>19</sup> También podemos notar un continuo en la idea del buen consejo o eubolia. El hado o destino sella el pacto de los dioses con su consecuente reflejo entre los hombres.

... vistió la túnica, tomó el fornido cetro, y salió cojeando, apoyado en dos estatuas de oro que eran semejantes a vivientes jóvenes, pues tenían inteligencia, voz y fuerza, y hallábanse ejercitadas en las obras propias de los inmortales dioses. Ambas sostenían cuidadosamente a su señor, y éste, andando, se sentó en un reluciente trono cerca de Tetis, asió la mano la deidad, y le dijo...

En fin que Vulcano asentirá y hará un escudo grande y fuerte en donde puso la tierra, el cielo y el mar (tres reinos, dos de los dioses, uno de los hombres), el sol infatigable y la luna llena (los dos luceros u ojos del universo); las estrellas que coronan el cielo, las Pléyades, las Híades, el robusto Orión y la Osa (el Carro), la cual gira siempre en el mismo punto mirando a Orión (la referencia del Polo y eje de la humanidad, la estrella polar) siendo la única que deja bañarse por el Océano (XVIII, 483-489). Representó también dos ciudades, en la primera había una disputa por un homicidio, en tanto que los ancianos, sentados en pulimentadas piedras en sagrado círculo y con el cetro bien tomado, hablaban (la sabiduría y la experiencia juzgan en la ciudad). En la segunda se representaba una ciudad sitiada, Marte y Palas Minerva encabezaban los ejércitos amenazados por el enemigo, (los tiempos de guerra); a lo lejos dos pastores (emisarios antiguos de los nómades) continuaban sus labores sin presentir la asechanza. “Representó también una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba por tercera vez...” (el triple campo arado como camino de conocimiento, XVIII, 541);<sup>20</sup> los labradores eran recompensados por copas de dulce vino (los tiempos de ardua faena, pero también la recompensada labor de la siembra con aquello que permite ver, vid como sinónimo de sabiduría).

En cuarto momento grabó un campo de crecidas mieses que los jóvenes segaban con hoces afiladas, (símbolo del paso del tiempo) debajo de una encina los heraldos preparaban un banquete (el disfrute del trabajo realizado, la cosecha). La quinta representación fue el entallamiento de una hermosa viña

---

<sup>20</sup> El ritual del triple arado implicaba delimitación del terreno pero también fecundación. Se practicó en el extremo oriente tanto como en Egipto, generalmente por un pontífice, cf. Josep M. Gracia. *Simbólica Arquitectónica*. Ed. Symbolos, Barcelona, 2004, p. 159. En Grecia encontraremos el nombre de Triptólemo “tres veces arado” muy involucrado y significativo para los misterios de Eleusis.

de oro, cuyas cepas, cargadas de negros racimos, estaban cargadas por rodrigones de plata (es la vendimia, época de los cestos de mimbre representada con las edades de oro y plata). Figuró luego con oro y estaño un rebaño de vacas de erguida cornamenta (como la luna creciente sinónimo de futura abundancia y buenas dotes) pastando a orillas del río con cuatro pastores, dos leones logran atrapar a un toro (el sol sobre la luna) en tanto que inútilmente pastores y perros intentan ahuyentarlos (nunca bajas la guardia ni en tiempos de paz). Luego un gran prado con ovejas, chozas techadas y apriscos (la dulce recompensa a los sacrificios de todo el proceso alquímico). Para pasar a una danza como la que Dédalo concertó en la vasta Cnosos en obsequio de Ariadna (la fiesta tan necesaria para los hombres en el lugar de iniciación, como los ágapes fraternales). Finalmente en la orla del sólido escudo representó la poderosa corriente del río Océano (circunda un anillo de protección). También le hizo a Aquiles una reluciente coraza y un sólido casco.



“Ninguna ventaja me han proporcionado sufrir tantos pesares y exponer mi vida en combate.” (IX, 307). A pesar de todas las argumentaciones de Odiseo, Fénix y Ajax sobre las muertes de los compañeros en el combate, del placer de la victoria y de la entrega, de la amistad entre ellos, de su valía como combatiente, del honor de la familia y de su padre en particular, ni todos los bienes que le promete Agamenón; con nada de esto logran convencer al frío corazón del héroe de los pies ligeros, que aún se siente ultrajado por Agamenón por quitarle a Briseida. “Se pueden apresar los bueyes y las pingües ovejas, se pueden adquirir los trípodes y los tostados alazanes; pero no es posible prender ni coger el alma humana para que vuelva, una vez ha salvado la barrera que forman los dientes.” (IX, 410-429). El gran guerrero sabe su destino: no volver a la patria y morir en el combate obteniendo una gloria inmortal o bien una larga vida pero sin fama si es que retorna a su patria.

Como héroe, guerrero y semidiós no tiene en realidad otra alternativa, él sabe cuál es su camino, ahora sólo esperará una buena oportunidad para entrar a la batalla, aunque ciertamente dudará en varias ocasiones si debe de



instruir a los mirmidones y partir de las playas teucras. Aquiles sufre en la distancia la suerte de sus compañeros y tal vez es probable que se arrepienta de su deseo de verles a algunos muertos, su corazón se comienza poco a poco a aquietar.

En tanto nuestro otro héroe está en la batalla, “Héctor cogió entonces una piedra de ancha base y aguda punta” (XII, 445) ¡qué tremendo elemento éste! Nos podemos imaginar la piedra en punta en las manos del teucro, arrojándola para derribar la muralla que habían levantado los aqueos para proteger sus cóncavas naves “dos hojas de alta puerta y estaban aseguradas por dos cerrojos...”

Patroclo saldrá a la batalla con la armadura y armas de Aquiles –a excepción de la lanza de fresno pues Aquiles era el único que podía manejarla, un obsequio de su padre y maestro Quirón– éste lo conciente después de escuchar las amargas quejas “patróclinas”, le dejó instrucciones de regresar tan pronto como viera que los ejércitos troyanos se alejasen de las naves aqueas, y también a fin de salvar su honor no sea que ocurriera una desgracia. Ni los mirmidones pueden con el destino de Patroclo, vamos ni las libaciones que realiza en soledad Aquiles, sacando una copa de hermosa arca labrada por Tetis, copa que “no usaba nadie para beber vino ni para ofrecer libaciones a otro dios que al padre Júpiter. Sacóla del arca, y purificándola primero con azufre, la limpió con agua cristalina; acto continuo lavóse las manos, llenó la copa y puesto en medio, con los ojos levantados al cielo libó el negro vino y oró a Júpiter que se complace en lanzar rayos, sin que al dios le pasara inadvertido.” (XVI, 210-232). Cumplióle Jove un deseo de los dos, que los teucros, domadores de caballos, se alejaran de las cóncavas naves aqueas... el otro no era posible a fin de darle honor al mismísimo Aquiles y que con la muerte de Patroclo a costas, finalmente, saldría a enfrentar su destino.

Y estando en la batalla con su caballo, Janto, es éste el que le vaticina su muerte, Aquiles le reprocha a su caballo tal recordatorio, “Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi

padre y de mi madre; mas con todo eso, no he de descansar hasta que harte de combate a los teucros.” (XIX, 420-423).

“Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón?” (XXII, 126). Pensamientos de Héctor ante su inminente muerte a manos del terrible Aquiles, piensa con el corazón que poco le falta para cumplir con el hado, pues nuevamente ni las súplicas de su madre mostrándole el seno para que regrese al hogar ni la desesperación de Zeus logran nada, y ya como último recurso “el padre Jove tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes –la de Aquiles y la de Héctor, domador de caballos– para saber a quién estaba reservada la dolorosa muerte; cogió por el medio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el día fatal de Héctor, que descendió hasta el Orco. Al instante Febo Apolo desamparó al troyano.” (XXII, 205-215). Podríamos agregar que Febo y Zeus se apartan a pesar de todo el dolor de su corazón y ya sólo les resta observar la muerte de un héroe. Héctor antes de partir le comenta a Paris de su inminente muerte a manos de Aquiles y de Febo Apolo, no sin antes decirle que sabía no podía escapar de sus manos pues en el pecho tiene un corazón de hierro.

Ya el ocaso llega, los preparativos de la muerte de Patroclo se suceden. Aquiles pide a los dioses de los vientos le ayuden. Iris presurosa por ahí comenta: “No puedo sentarme; porque voy, por cima de la corriente del Océano, a la tierra de los etíopes, que ahora ofrecen hecatombes a los inmortales, para entrar a la parte de los sacrificios.”<sup>21</sup> Aquiles ruega al Bóreas y al estruendoso Céfiro, prometiéndoles solemnes sacrificios, que vayan y hagan arder la pira en que yace Patroclo, por el cual gimen los aqueos todos.” (XXIII, 205.211). Y así fue, toda la noche los vientos soplaron sobre las playas de la ventosa Ilión. Después se celebraron los juegos en honor de Patroclo, los famosos Juegos Patróclidos.



---

<sup>21</sup> Por cierto que los etíopes es otro pueblo que recibe el título de “cabezas negras.”

Más falta el broche de oro con el que Homero cierra su relato, Príamo con ayuda de Hermes-Mercurio, rescatará el cuerpo de su hijo Héctor, el cual se conserva fresco a pesar del maltrato recibido, "...los bienaventurados dioses cuidan de tu hijo, aun después de muerto, porque era muy caro a su corazón." (XXIV, 423). Los dioses están furiosos con Aquiles por su comportamiento nada honroso, en particular Zeus y Febo Apolo. Iris acude al desconsolado Príamo para decirle que vendrá un heraldo más viejo que él para ayudarlo a guiar los mulos y el carro de hermosas ruedas, que se prepare con sendos regalos para Aquiles. El rey Príamo le pide un agüero, Júpiter le manda la mejor de las aves agoreras, "un águila rapaz de color oscuro, conocida con el nombre de *percnón*." (XXIV, 314-321).<sup>22</sup> Y en seguida Júpiter exclama "¡Mercurio! Puesto que te es grato acompañar a los hombres y oyes las súplicas del que quieres, anda, ve y conduce a Príamo a las cóncavas naves aqueas, de suerte que ningún dánao le vea hasta llegado a la tienda del Pelida." El mensajero Argicida se calzó los áureos divinos talaros que le permitían caminar sobre el mar y la tierra con la rapidez del viento "y tomó la vara con la cual adormece a cuantos quiere o despierta a los que duermen." (XXIV, 334-348). Así es Mercurio, que estaba del lado de los aqueos, simplemente cumple su papel de mensajero alado entre los hombres y los dioses y ayuda al anciano Príamo a su justo cometido.

El alado mensajero introduce al rey hasta la tienda de Aquiles, libra cercas, guardias, estacas y mueve una puerta asegurada por una barra de abeto que quitaban y ponían tres aqueos juntos, sólo Aquiles podía moverla sin ayuda. Hasta ese punto Mercurio se devela ante el rey Príamo pues estaba disfrazado, "¡Oh anciano! Yo soy un dios inmortal, soy Mercurio; y mi padre me envió para que fuese tu guía. Me vuelvo antes de llegar a la presencia de Aquiles, pues sería indecoroso que un dios inmortal se tomará públicamente tanto interés por los mortales." (XXIV, 460-466). El resto lo sabemos un poco más claro, Aquiles se sorprende ante tal proeza de aquel honorable hombre

---

<sup>22</sup> Los Augures y sus augurios serán muy importantes a lo largo de todo el texto: Canto VI, 72-76 Heleno Priámida, el mejor de los augures se presenta ante Eneas y Héctor. O ¿qué decir de un supuesto augur cuando -no se está dedicado a ello- como Polidamante que se atreve a encarar a Héctor y convencerlo de que se retiren todos de la batalla mal interpretando un augurio?, ante lo cual Héctor responde: "El mejor agüero es éste: combatir por la patria. ¿Por qué te dan miedo el combate y la pelea?" (XII, 211-251).

que además le besa la mano y le lleva obsequios... aquel digno hombre le habla y le recuerda a su padre, el guerrero Aquiles llora junto al rey Príamo tomándole las manos. Los dos lloran a sus muertos, "... y los gemidos de ambos resonaban en la tienda." (XXIV, 507). En ese justo momento el corazón de Aquiles encuentra paz, un punto de ubicación situado por supuesto en su centro (su corazón), y se torna anfitrión ofreciendo a su huésped una oveja para comer, además le pide que aguarde la mañana para partir mediante solemne juramento de que llegará con bien a la ciudad... "Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquiles, pues el héroe parecía un dios; y a su vez, Aquiles admiró a Príamo Dardánida, contemplando su noble rostro y escuchando sus palabras." (XXIV, 621-634).

Once días le concede Aquiles para las honras fúnebres del divino Héctor, ya que "en el duodécimo volveremos a pelear, si necesario fuere", le contesta el rey. Ya en el palacio de la ciudad de anchurosas calles,

Y cuando todos se hubieron reunido, apagaron con *negro* vino la parte de la pira a que la llama había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los *blancos* huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de *púrpura o rojo*.

Un poco más adelante Homero cierra su poema.



Sabemos el desenlace de la guerra efectuada en Ilión, sin embargo la historia es un poco más complicada y nunca se termina de escribir, podemos decir en ese sentido que es *La Eneida* la continuación de la casta Troyana al ser Eneas el protagonista que transmitirá el hilo conductor de la humanidad aunque por supuesto es en *La Odisea* que se acabarán por desanudar algunas de las historias míticas de la Hélade.

En lo que respecta a Homero y su pueblo, plasmará muy bien la línea conductora en *La Odisea*, sólo tomemos un canto de ésta, el XXIV, 11-14, en donde se afirma que el estrecho de Leucade, “puerta del Sol, región de los sueños que dan acceso a la pradera de Asphódeles”, el cual se situaba “al extremo de Occidente y de las tierras habitadas: señalaba el paso entre el mundo de los vivos y el de los muertos.” Entonces *Leucade* es esa grieta que marca el paso entre lo profano y lo sagrado, lo cual implicará entre otras lecturas, pasar de la potencia al acto en un repentino instante, y de una vez y para siempre sin posibilidad de regresar idéntico y al mismo estado anterior. Así es, Homero tenía algo más en el corazón y que quería transmitirnos.